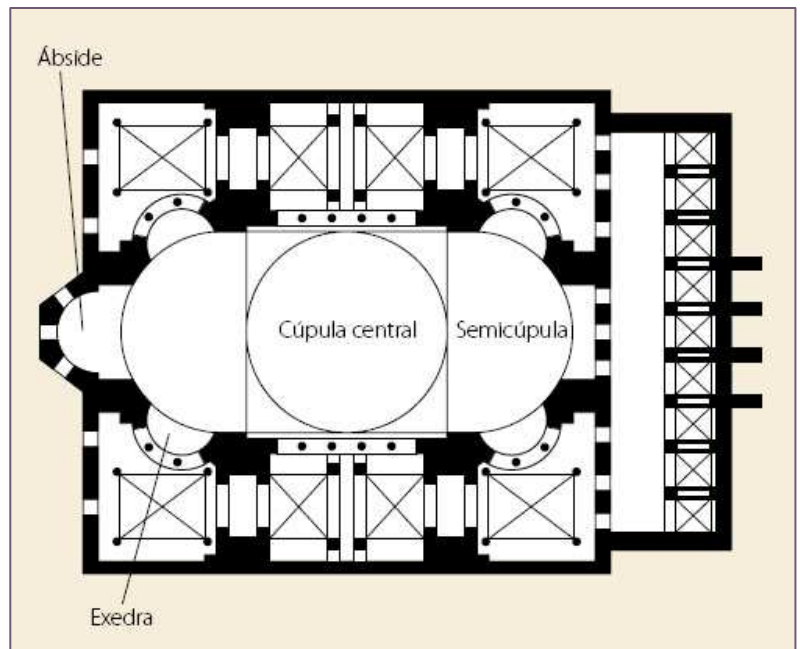


COMENTARIO DE LA BASÍLICA DE SANTA SOFÍA



1. Descripción.

Las imágenes que se nos presentan corresponden a un interior arquitectónico, en una vista amplia que permite apreciar un gran espacio central, cubierto con cúpula, y espacios laterales con galerías, separados del central por columnas y arcos. El dibujo de la planta muestra que ésta es un rectángulo, de proporciones casi cuadradas, rematado en ábside. Internamente se divide en tres naves longitudinales; la central, más ancha, está separada de las laterales por columnas y gruesos pilares, destacando un espacio central casi cuadrado entre dos trapecios, y con cuatro exedras angulares. El edificio propiamente dicho va precedido, en los pies, de un atrio y doble vestíbulo.

En cuanto a la función de este edificio que se nos muestra, podríamos afirmar que, dadas sus proporciones, distribución e imagería, habría de albergar las oraciones religiosas de un pueblo –inicialmente cristiano–, aunque la decoración que se nos presenta en los principales pilares de la obra –caracteres árabigos– nos hacen indicar que hoy en día no se trata de una basílica sino de una mezquita que acoge el culto islámico.

2. Análisis formal.

El material constructivo corresponde a mármoles de diversos colores en columnas y pavimento, y parece razonable que se haya utilizado piedra en sillares para los pilares. En los muros, piedra y ladrillo, y en las cubiertas ladrillo o algún otro material liviano. El muro, según muestra el plano, es muy grueso, pues así lo exige el sistema constructivo que se ha empleado; tiene sin embargo, una apariencia desmaterializada, gracias al empleo que se ha hecho de la luz –se presenta perforado de ventanas–, y también del color, aportado por mármoles y mosaicos.

Como soportes se da gran importancia a las columnas, con basa, fuste liso y monolítico y capitel en forma de tronco de pirámide invertido con cimacio. Es muy importante su papel en el conjunto, al formar una especie de cortina que separa el espacio central de los laterales. Existen, además, pilares enormes, cuyo interés, desde el punto de vista constructivo, es primordial. En planta apreciamos, asimismo, grandes estribos exteriores, exigidos por necesidades de la cubrición. Se ha empleado, sistemáticamente, el arco de medio punto.

La cubierta está formada por una enorme cúpula con nervaduras meridianas y un anillo de ventanas en la base. Se apoya en cuatro pechinas, soportadas, a su vez, por cuatro arcos sobre pilares macizos y reforzados por estribos exteriores. Presenta un ingenioso sistema de contrarresto, tanto en sentido longitudinal –dos medias cúpulas apoyadas por otras dos secundarias más pequeñas-, como en el transversal, utilizando las cubiertas de las galerías (bóvedas de arista), para transmitir la carga.

La decoración es un elemento fundamental de este interior. Está constituida por elementos de diversa índole: arquitectónicos (columnas, arquerías), escultóricos (relieves a bisel y trépano de los capiteles de las columnas), mosaico (visible parcialmente en la cúpula) y en los pavimentos. Se ha empleado en ella materiales costosos -mármoles de diversos colores, mosaicos-, y en sus temas muestran predominio de lo geométrico, vegetales estilizados y posiblemente figurativos.

El espacio interior que se ha conseguido crear es el mejor exponente de los valores plásticos del edificio. El conjunto es armónico y equilibrado. La composición espacial está dominada por un núcleo central, cubierto por la gran cúpula, que se alza libre, casi como un baldaquino, al margen de las construcciones secundarias. Este reducto es todo un prodigio de espacio, luz y color, en el que la masa arquitectónica parece desmaterializarse, efecto que ha sido posible, en primer lugar, gracias a un perfeccionado sistema de contrarrestos, dispuestos de tal forma que quedan ocultos a la vista -el apuntalamiento que suponen pilares, contrafuertes y deambulatorios no es apreciable y la cúpula parece pender del aire-, y en segundo por la impresión que causa el muro, cuyo grosor queda disimulado al calarse con ventanas y arquerías. Más importante, sin embargo, es el tratamiento que se ha concedido a la luz: entra por diferentes ventanas, que varían según la hora, y resbala por paredes y pavimentos; sus juegos con las sombras se asocian al aplanado relieve y a un uso, muy hábil, de la policromía, dando como resultado la disolución de las formas, en un ambiente casi irreal.

3. Comentario artístico.

Tanto la gran cúpula sobre pechinas, contrapesada por semicúpulas, como el espacio centralizado son rasgos inconfundibles de la arquitectura bizantina. Todo ello nos sitúa el edificio en la etapa de Justiniano, en el siglo VI, siendo el emblema de su gobierno: es Santa Sofía de Constantinopla. Se trata de un edificio único y original, de carácter religioso, que combina el modelo profano romano de planta central, con el basilical paleocristiano y se convierte en el logro arquitectónico más espléndido, no sólo de la etapa de Justiniano, sino de toda la arquitectura bizantina. Se construyó entre el 532 y 537, para sustituir a una iglesia anterior, también dedicada a la «Divina Sabiduría».

Se trataba de una obra excepcional por sus dimensiones y lujo: era la iglesia palatina de los emperadores -incluso estaba unida, por pórticos columnados, con el palacio imperial-. Sus artífices, Isidoro de Mileto y Artemio de Tralles, fueron los maestros de construcción y centraron su interés en el interior, donde se hacen patentes las tendencias cesaropapistas que funden «imperium» y «sacerdotium». Luz y color, símbolos del mundo invisible y de la divinidad, se derramaban tan solo sobre el clero, el Patriarca y el Emperador, a quienes se reservaba el espacio de la nave central. De hecho, este interior, lujosamente decorado e iluminado por los rayos del sol que penetraban a través de las cuarenta ventanas de la cúpula, producía en el fiel una ilusión óptica que invitaba al dinamismo y le conducía hasta la cúspide. El pueblo, relegado a las naves laterales y las tribunas, permanecía en la sombra admirando de lejos estas manifestaciones de gloria divina.

La celeridad con que se construyó responde a los medios financieros que se pusieron a su alcance y al ágil sistema constructivo de los albañiles bizantinos, consistente en alternar

hiladas de ladrillo con capas de mortero. Las crónicas contemporáneas indican que se utilizaron tejas porosas de la isla de Paros con el fin de aliviar el peso de la cúpula y que se importaron mármoles de todas las provincias para el prestigio del monumento. En el sermón inaugural, el poeta oficial Pablo Silenciaro exclamó que la cúpula parecía “*estar suspendida del cielo por una cadena de oro*”, y el historiador cortesano Procopio se admiró de la habilidosa conjunción de sus partes “*flotando unas sobre otras*”. La leyenda popular agrega que un ángel resolvía a Justiniano las dudas técnicas que planteaba la fábrica y la tradición revela que el emperador, al ver el templo terminado, sentenció: “*Salomón, te he vencido*”.

Tal y como hemos señalado, la planta es un rectángulo con un ábside en uno de los extremos, albergando tres naves longitudinales separadas por arquerías. En el centro del rectángulo plantaron cuatro pilares para sujetar, a 55 metros del suelo, una cúpula nervada sobre pechinas de 31 metros de diámetro. Aquí reside su originalidad, en soportar la cúpula sobre las pechinas y no exactamente sobre el tambor circular –que asimismo tiene ventanales que permiten la iluminación de la base–, como podía ocurrir en el Panteón romano. Los empujes los contrarrestaron con semicúpulas y ábsides o exedras escalonadas en los dos flancos, dejando libres los costados restantes para habilitar tribunas desde donde poder presenciar el ceremonial litúrgico. Asimismo, justo delante de la iglesia se extendió un atrio.

Por su parte, los muros son aparentemente ligeros: están formados por dos pisos de arcadas sobre columnas, donde encontramos las tribunas. En la parte superior, los muros aparecen completamente horadados por ventanas, no llegando a ejercer una gran función sustentante gracias al contrarresto que ejerce el sistema de cúpulas escalonadas.

Es pues, la obra característica de Bizancio, una antigua colonia oriental griega, fundada en el estrecho del Bósforo, que once siglos después restauraría Constantino con el nombre de Constantinopla. Corría el año 330 y su esplendoroso futuro estaba por llegar. No en vano, una vez dividido el Imperio Romano en el 395 por Teodosio y constituir el Imperio de Oriente, tras la invasión de Roma por los bárbaros heredaría la legitimidad del Imperio, cimentando durante toda la Edad Media su indiscutible autoridad en tres pilares: la cultura griega, la estructura romana del Estado y la fe cristiana. No obstante, su época de máximo apogeo y esplendor llegaría bajo el reinado del emperador Justiniano (527-565), quien agrupó las leyes en un código jurídico, reconquistó a los bárbaros los territorios mediterráneos usurpados, convirtiéndolo de nuevo en un “lago romano”, combatió a paganos y herejes para reducirles a la autoridad del Papado (llegando a aspirar también, junto al político, este poder religioso, sistema conocido como cesaropapismo), y aspirando asimismo a unificar sus territorios mediante construcciones arquitectónicas en donde apuesta por la cúpula y la planta central (cuyo origen podría encontrarse en los martirya de Tierra Santa)

La obra fue clave en la arquitectura justiniana, pero pocas fueron proyectadas en su línea y desde luego ninguna de su envergadura: era excesivamente audaz, como mostró el hundimiento, ya en el 563, de su gran cúpula, que hubo de ser reconstruida por Isidoro el Joven, con algunas variaciones sobre la original. Sin embargo, a partir de ella, se impone en la arquitectura bizantina la afición a las cúpulas, dentro de conceptos más sobrios y tradicionales (véase en el caso de las iglesias de los Santos Sergio y Baco, Santa Irene y los Santos Apóstoles). Tras la conquista otomana fue convertida en mezquita; se añadieron cuatro esbeltos minarettes, mientras que interiormente se ocultaron, bajo revoco, los mosaicos figurativos y se colgaron cuatro grandes escudos, con versículos coránicos, en los pilares que flanquean el ábside y la entrada.